

ACTUALIDADES

PRECIO 15 CENTS.

PRECIO 15 CENTS.

PETROLEO GAL PARA EL PELO

Una certificación del Laboratorio Municipal de Madrid garantiza que el Petróleo Gal es inofensivo y no puede inflamarse. Medallas de oro en París, Londres y Madrid. De venta en las principales farmacias, perfumerías y droguerías.

JUEVES
20
FEBRERO

PETROLEO GAL PARA EL PELO

Loción antiséptica perfumada, universalmente reconocida como la mejor para limpiar la cabeza de caspa, contener la caída del cabello y la barba, fortalecer su raíz y evitar la calvicie. Desconfíese de las imitaciones.

SIEMPRE SUPERARÁ LO BUENO

Los **BRILLANTES BENICIA**, no obstante que son prácticamente un descubrimiento nuevo, están ya favorablemente conocidos en todas las grandes capitales del mundo. Como consecuencia de este hecho, unos cuantos poco escrupulosos comerciantes se empeñaron en copiar el sistema de nuestros mostradores y de nuestro negocio, con el fin de confundir al público, haciéndole comprar sus imitaciones sin valor.

En todos los casos de esta índole, hemos logrado acabar con tal competencia. Su última plaza era Madrid, y el resultado está demasiado reciente en la memoria del público, para volver a contarla.

LOS BRILLANTES BENICIA

son los nuevos brillantes **CIENTIFICOS** hasta ahora fabricados, y las únicas piedras—no del todo legítimas—admitidas por los peritos de tener las mismas cualidades de las verdaderas y naturales. Todas las demás imitaciones son simplemente vidrio. El precio de los

CIENTIFICOS BRILLANTES BENICIA

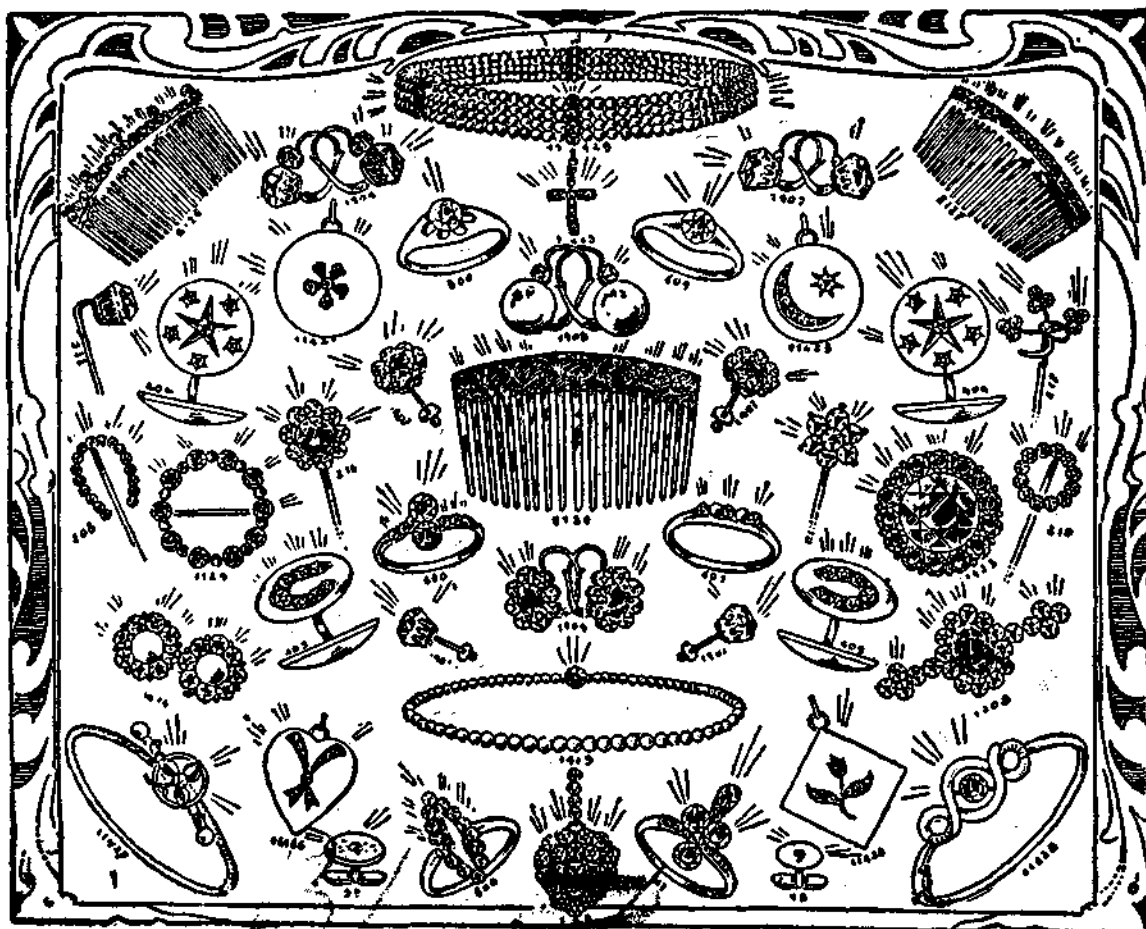
ha sido partido en dos, para liberrar esta capital de los negociantes de imitaciones de vidrio, y el público aprovecha ahora de esta reducción de precios.

Hemos recibido enteramente nuevas existencias, con los últimos modelos de nuestros mejores artistas, en Imperdibles, Sortijas, Alfileres, Gemelos, Collares, Pendientes, etc., todos montados con estos maravillosos brillantes científicos, al precio de

PTAS.
cada joya
7,50

Antes vendido, y actualmente teniendo el valor de **15** pesetas.

PEDIDOS POR CORREO se certificarán al recibir pesetas 7,50 por cada joya (más 0,50 para franqueo) en Giro Mutuo ó sobre monedero dirigido á



Hemos recibido enteramente nuevas existencias, con los últimos modelos de nuestros mejores artistas, en Imperdibles, Sortijas, Alfileres, Gemelos, Collares, Pendientes, etc., todos montados con estos maravillosos brillantes científicos, al precio de

PTAS.
cada joya
7,50

Antes vendido, y actualmente teniendo el valor de **15** pesetas.

PEDIDOS POR CORREO se certificarán al recibir pesetas 7,50 por cada joya (más 0,50 para franqueo) en Giro Mutuo ó sobre monedero á

2, Carrera de San Jerónimo

BENICIA AMERICAN DIAMOND PALACE.—MADRID

Carrera de San Jerónimo, 2

LA AGRÍCOLA

SOCIEDAD ANONIMA DE CREDITO Y SEGUROS
Capital social: Pesetas 2.000.000

Todas las operaciones de seguros sobre la vida de **LA AGRICOLA** quedan garantizadas por la **Münchener-Büchversicherungs-Gesellschaft**, de **Munich (Alemania)**, con su capital social de **25.000.000 de francos** y sus reservas de más de **22 millones de francos**.

LA AGRICOLA deposita anualmente en el **Banco de España** la totalidad de las reservas calculadas. Referencias, Banco de España. Agencia general en **Madrid, Carmen, 4, pral.**

NOVEDAD DE ESTE CARNAVAL



PIPA-MOMO

El dibujo da idea del uso bonito é inofensivo que puede hacerse de estas **PI-PAS-MOMO**. Se cargan de confetti **Petit pois**, y soplando, cae una vistosa lluvia. Una peseta la **PIPA** con una elegante bolsa llena de confetti para toda la tarde.

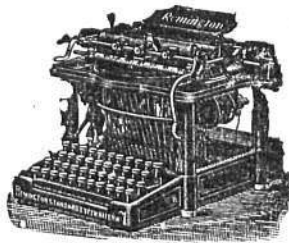
CASA THOMAS
SEVILLA, 3, MADRID

LA UNICA MAQUINA DE ESCRIBIR COMPLETA

ES LA

REMINGTON

PROVEEDOR DE LA REAL CASA. GRAN PRIX, PARIS, 1900



REMINGTON TYPEWRITER C.º

DIRECCION GENERAL PARA ESPAÑA

BALMES, 11, BARCELONA

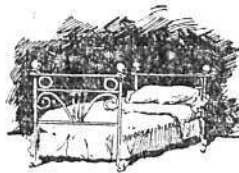
Gerencia en Madrid, ZORRILLA, 13

SUCURSALES EN TODAS LAS PROVINCIAS

CHARADA EN ACCION



2, 1



1 y 3



2 y 4

La Papelera Española

COMPañÍA ANÓNIMA

BILBAO

Capital: **35.000.000** de pesetas

Producción de papel: **85.000** kilogramos diarios

Delegación de Madrid, **ATOCHA, 113**

Esta Sociedad es propietaria de **ocho** fábricas de pasta, **trece** fábricas de papel, **cuatro** talleres de manipulación y **trece** almacenes de papel repartidos en toda la península.

Fabrica papeles de todas clases, desde el más ordinario para envolver hasta el papel de fumar.

Sobres

Blocks

Cuartillas

Copiadores

Tarjetas

Libros de contabilidad

Estuches de papel

Cuadernos

Talonarios

Carnets

Especialidad en papeles para REVISTAS ILUSTRADAS, á precios sin competencia.

ACTUALIDADES se tira en papel fabricado por LA PAPELERA ESPAÑOLA.

El que quiera comprar barato debe suscribirse al **BOLETÍN DE LA INDUSTRIA Y COMERCIO DEL PAPEL**, que ofrece en todos los números diversas existencias de papel á precios muy económicos. Se manda un número gratis á todo el que lo pida.

Puntos de suscripción: Todas las Delegaciones y Almacenes de LA PAPELERA ESPAÑOLA.

PERFUMERÍA

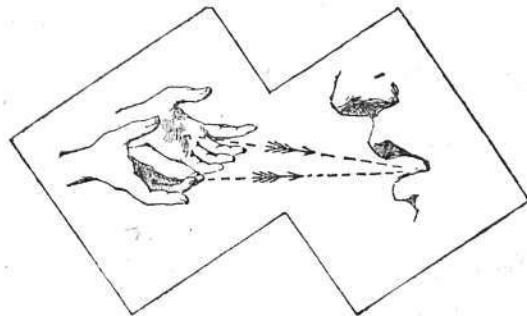
Casa bien surtida y única que prepara la tan famosa **AGUA DE COLONIA CONCENTRADA** que se ve siempre en los tocadores elegantes.

ALVAREZ GÓMEZ. PELIGROS, 1 DUPLICADO

COMPRO

alhajas, oro, plata, brillantes, perlas y esmeraldas
PAGO ALTOS PRECIOS
PRÍNCIPE, 20, PLATERIA

FRASE HECHA



PRUEBENSE LOS CHOCOLATES

DE LOS

RR. PP. BENEDICTINOS

ÚNICO DEPOSITO EN MADRID

LHARDY, Carrera de San Jerónimo, 6

COMPRO ALHAJAS
Pago todo su valor, Cruz, 41
PLATERIA

TAPAS

para encuadernar el tomo de **ACTUALIDADES** de 1908.

VALE NUM. 1

ACTUALIDADES

SEMANARIO ILUSTRADO

NUM 1

MADRID 20 DE FEBRERO DE 1908

AÑO 1



LOS REYES EN MORATALLA

S. M. LA REINA DOÑA VICTORIA EUGENIA, AL LLEGAR AL CAMPO DE POLO, ES RECIBIDA POR LA MARQUESA DE VIANA

Fot. Goñi





MADRID. UNA BODA POPULAR

Fot. «Los Sucesos.»

EL PÚBLICO EN LA CALLE DE LA COLEGIATA PRESENCIANDO LA SALIDA DE CLEMENTE NIEMBRO Y SU ESPOSA DE LA IGLESIA CATEDRAL, DONDE SE VERIFICÓ SU ENLACE

MISCELANEA DE ACTUALIDADES

En la capilla reservada de Nuestra Señora del Buen Consejo, de la iglesia catedral de esta corte, se ha celebrado la boda de D. Clemente Niembro, hijo del popularísimo industrial D. Pedro, con la Srta. Manuela Ayuso.

Fue una boda de rumbo, y estuvo concurridísima, pues el padre del contrayente es hombre que en punto a popularidad en la villa del oso y el madroño, puede hombrarse con aquéllos que más lo hayan sido.

Entre los invitados a la ceremonia hubo políticos y literatos en buen número, los ex ministros D. Alberto Aguilera, conde de Romanones y Sr. Suárez Inclán; los periodistas Sres. Moya, Ortega Munilla, Francos Rodríguez, Blanco (D. Domingo), Pi y Arsuaga y Morote.

En la calle de la Colegiata se agolpó un público numerosísimo, deseoso de contemplar a los novios y a los padrinos é invitados al salir del templo.

En el edificio de Museos y Bibliotecas se ha inaugurado, con asistencia de S. M. la reina doña María Cristina y de S. A. la infanta doña María Teresa, una tómbola de caridad á beneficio del Asilo de Huérfanos del Sagrado Corazón de Jesús. La tómbola está concurridísima todas las tardes, pues la obra de misericordia que ha inspirado su celebración es de las que encuentran eco en todos los corazones.

En la puerta del palacio del paseo de Recoletos recibió á las augustas damas el gobernador civil de la provincia señor marqués del Vadillo, que aparece en nuestro grabado precediendo á la Reina madre.



MADRID. INAUGURACION DE UNA TOMBOLA

S. M. LA REINA DOÑA MARÍA CRISTINA ENTRANDO, PRECEDIDA DEL GOBERNADOR CIVIL, EN EL PALACIO DE BIBLIOTECAS Y MUSEOS, DONDE SE VERIFICA LA RIFA

Fot. Cifuentes

A la avanzada edad de ochenta y cuatro años ha fallecido en Segovia el general de división, en situación de cuartel, D. Luis Bustamante, decano del arma de Artillería.

Oriando de Santander y perteneciente á una linajada familia montañesa, hizo sus estudios en el colegio de Segovia, del cual llegó á ser inteligentísimo profesor, primero, y coronel director después. Desempeñó cargos importantes, como el de gobernador de Segovia y comandante general de Artillería.

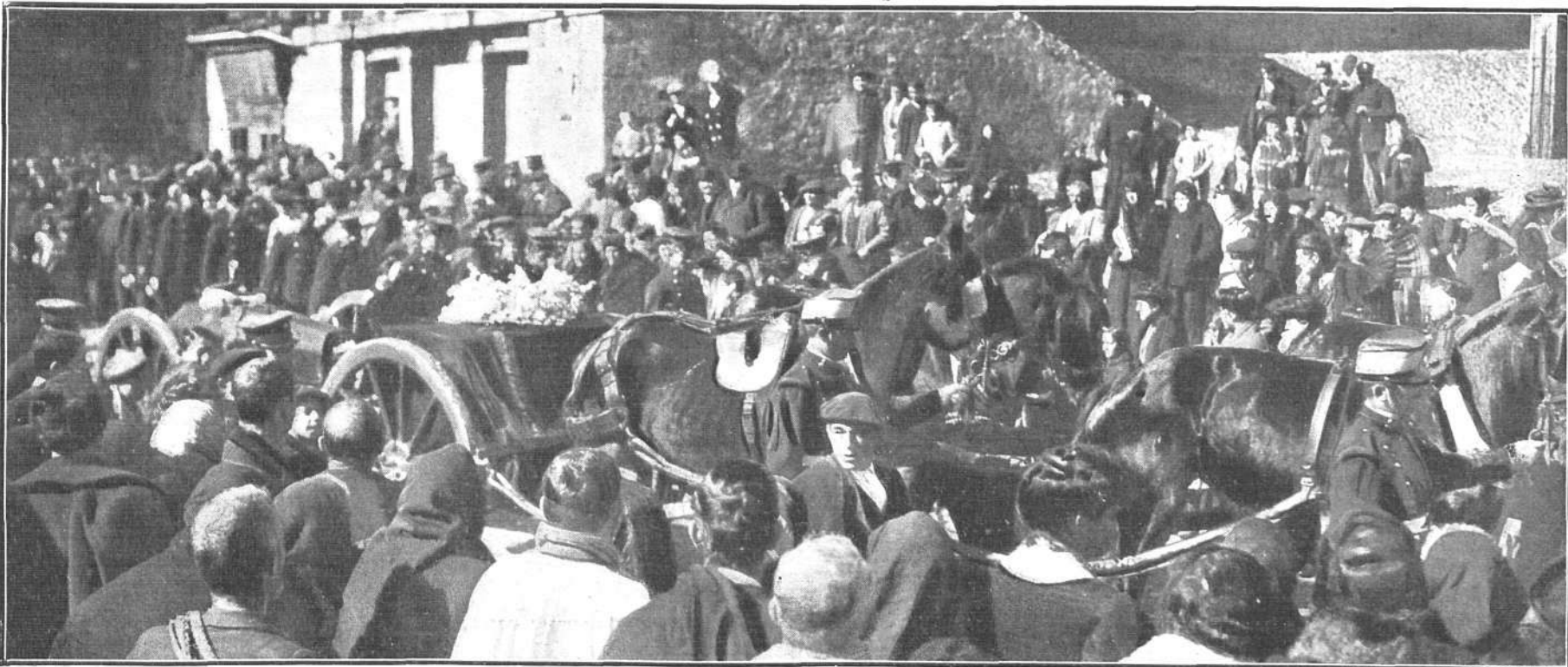
De su valor se cuentan anécdotas interesantes, una de las cuales, relatada por un diario segoviano, es como sigue: «A poco de regresar de la campaña de América fué destinado á uno de los batallones de Artillería, de guarnición en Madrid, coincidiendo su llegada con la sublevación de los sargentos de San Gil.

»Apenas llegado á la corte, se presentó al capitán general.

»—Mi general—le dijo,—se ha sublevado mi batallón, y yo pido el puesto de mayor peligro para reducirle á la obediencia.

»Insistió de tal modo, que se le entregó el mando de algunas piezas que habían de avanzar por la plazuela de Santo Domingo, sufriendo el fuego mortífero de los insurrectos que ocupaban todas las calles contiguas.

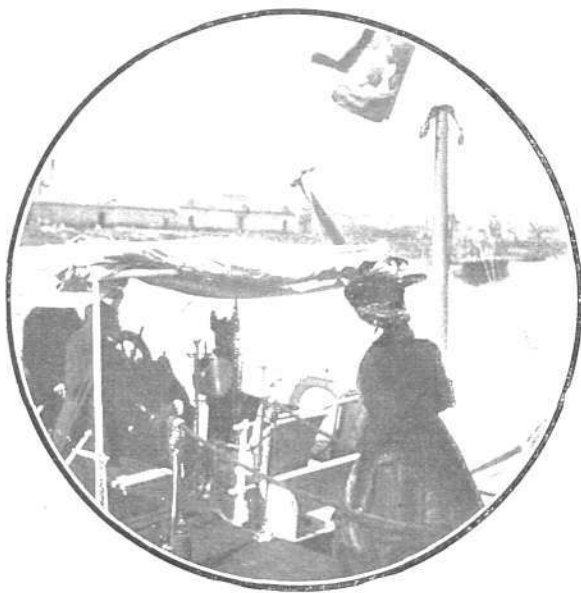
El teniente coronel Bustamante llegó al punto de su destino entre una lluvia de balas, y dejando en el camino más de las dos terceras partes de la gente que le seguía.»



SEGOVIA. ENTIERRO DE UN GENERAL

CONDUCCIÓN AL CEMENTERIO DEL CADÁVER DE D. LUIS BUSTAMANTE, DECANO DEL ARMA DE ARTILLERÍA

Fot. Duque.



S. M. LA REINA DOÑA VICTORIA
EMBARCANDO EN EL VAPORCITO «GIRALDA» PARA REALIZAR
UNA EXCURSIÓN POR EL GUADALQUIVIR

La estancia de los Monarcas en Sevilla se ha señalado por una serie de acontecimientos, los más agradables para aquella capital, que ha tributado á SS. MM. continuadas manifestaciones de afecto en todos los momentos. Recientemente realizaron los Reyes una excursión por el Guadalquivir á bordo del vaporcito *Giralda*, perteneciente á la Junta de obras del puerto sevillano, y así se enteraron de la necesidad de los trabajos que aquellos habitantes piden como medio de lograr una prosperidad á que justamente aspiran. No podía D. Alfonso haber hecho más para discernir la justicia de tales aspiraciones, ni los que se las exponían para demostrársela.

Luego, y con escaso intervalo de tiempo, asistieron á una revista militar, espectáculo brillantísimo que presenció Sevilla entera regocijada, elogiando efusivamente la gentileza de la augusta esposa del Monarca, para la cual se erigió una tribuna florida que



LA REINA PRESENCIANDO LA REVISTA MILITAR
DESDE LA TRIBUNA INSTALADA AL EFECTO



S. M. EL REY
EN LA REVISTA MILITAR, HABLANDO CON SU CABALLERIZO
EL CONDE DE FUENTE BLANCA

era una maravilla. D. Alfonso pasó revista á las tropas, vistiendo el elegante uniforme de los Húsares de Pavía.

Antes de salir de aquella capital les fué ofrecida á los Reyes una fiesta típica, puramente andaluza: una zambra en el patio de la Casa de Pilatos, donde bailaron y lucieron sus encantos lindísimas muchachas, flor y nata de la tierra de María Santísima.

En los grabados que en esta página insertamos hemos procurado recoger notas interesantes de los tres acontecimientos de referencia; en ellos aparece la Reina al embarcar en el *Giralda*, y luego en su tribuna presenciando el desfile de las tropas; el Rey, durante la revista, hablando con su caballerizo el conde de Fuente Blanca; y por último, el grupo de bailadoras que tomaron parte en la fiesta andaluza durante la cual fué obtenida la instantánea que reproducimos.

LOS REYES EN SEVILLA



ZAMBRA GITANA, CELEBRADA EN EL PATIO DE LA CASA DE PILATOS Á PRESENCIA DE SS. MM.

Fots. Barrera



LA PARTIDA DE POLO DE MORATALLA

Fot. Goñi.

S. M. EL REY, DEL BANDO VENCEDOR, Y SU HUÉSPED EL MARQUÉS DE VIANA, DEL «TEAM» VENCIDO



EL PREMIO DEL TORNEO

S. M. LA REINA ENTREGA Á SU AUGUSTO ESPOSO LA COPA QUE LE CORRESPONDIÓ COMO PREMIO EN LA PARTIDA DE POLO DE MORATALLA

Fot Goñi



TÁNGER. EL CAID MAC LEAN,
A SU REGRESO DE LOS FUNERALES
Fot. Barca

Penosísima impresión produjo la noticia del fallecimiento de nuestro ministro en Tánger Sr. Llavería, del cual ha dado cuenta en sus telegramas la Prensa diaria. Nuestro representante en la corte marroquí era persona de tan bellas cualidades, que había sabido granjearse generales simpatías, acrecentadas con sus triunfos diplomáticos, algunos de los cuales, y no de los menos importantes, lo acababa de lograr en el propio Marruecos, dando prueba de sus dotes de diplomático, por todos reconocidas y alabadas.

Hicieronse en Tánger funerales suntuosos, con asistencia del Cuerpo diplomático en pleno, que al conocer la noticia de la defunción del Sr. Llavería, se reunió para acordar la forma mejor y más expresiva de demostrar su sentimiento por aquella desgracia. Sin excepción alguna, todos los ministros acreditados en la corte de Abd-el Aziz acompañaron al cadáver hasta su embarque, verificado en un buque de nuestra Marina de guerra, conforme a las instrucciones del ministro de Estado.

Terminados los funerales, en los cuales fué nota interesantísima la presencia del ex cautivo del Raíuli, el caid Mac Lean, por cuyo rescate ha habido que pagar á aquel bandido una cantidad enorme (12.000 libras esterlinas), fué embarcado el cadáver en el crucero *Numancia*, que lo condujo á Cádiz, donde se le desembarcó y trasladó á una capilla ardiente improvisada en el pa-



D. JOSÉ DE LLAVERÍA
REPRESENTANTE DE ESPAÑA EN MARRUECOS QUE FALLECIÓ EN TÁNGER
Fot. Heffer.



TÁNGER. EL CUERPO DIPLOMATICO
EN EL SÉQUITO DEL CADÁVER
Fot. Barca

tio de la Capitanía del puerto, hasta el otro día á las siete, hora en que fué colocado en el tren que lo llevó á Barcelona. Durante su permanencia en Cádiz, le velaron las autoridades y una sección de marineros.

El entierro en Barcelona, hasta donde fué acompañando al féretro el mayor-domo de la Legación española en Tánger, fué una manifestación de duelo solemnísima, de la cual da idea uno de los grabados de esta página. El tributo fué como lo merecía el excelente servidor de la Patria que de él era objeto.

D. José de Llavería ha muerto joven aún; había nacido en 1850.

Prestó excelentes servicios en el ministerio de Estado y representando á España en el Perú, en Grecia, en los Estados Unidos, en China, en Chile, y últimamente en Marruecos, en las difíciles circunstancias actuales.

Su hoja de servicios, abierta en 1873 á su ingreso en la carrera diplomática, es de las más brillantes.

De su don de gentes casi es innecesario decir nada. El dolor que su muerte ha producido en todas partes es buena prueba de que de todos supo hacerse querer y todos admiraban sus dotes de caballerosidad.

Al saberse en Tánger su fallecimiento, acudió á la Legación española todo el Cuerpo diplomático acreditado en la capital marroquí. También fué una delegación jerifiana, que luego figuró en la comitiva fúnebre.

ENTIERRO DEL MINISTRO DE ESPAÑA EN TANGER



BARCELONA. LA CARROZA FÚNEBRE Y LA PRESIDENCIA DEL DUELO A SU PASO POR LAS CALLES DE LA CAPITAL

Fot. Ballol.



Sr. Calle

TEATRO DE LA COMEDIA

Sr. Molinero

Foto. Cifuentes

UNA DE LAS ESCENAS MÁS INTERESANTES DEL TERCER ACTO DE «RAFFLES»

LOS ÚLTIMOS ESTRENOS

Pródigos en acontecimientos teatrales han sido estos últimos días. La Comedia, Lara y la Zarzuela han tenido sendos estrenos, felicísimos todos ellos. En el primero de estos tres teatros obtuvo *Raffles*, dono-

sísimamente arreglado por nuestro querido amigo Palomero, el mejor de los éxitos, éxito verdad que se confirma y se afianza más cada día, llenando el teatro. Linares Rivas, en la Zarzuela, triunfó brillante-

mente una vez más con *Santos e Meigas*, y Santa Ana, en Lara, puso en escena *Botones de fuego*, que fué un atractivo más del cartel en el beneficio de Balbina Valverde. Mil enhorabuenas á todos ellos.

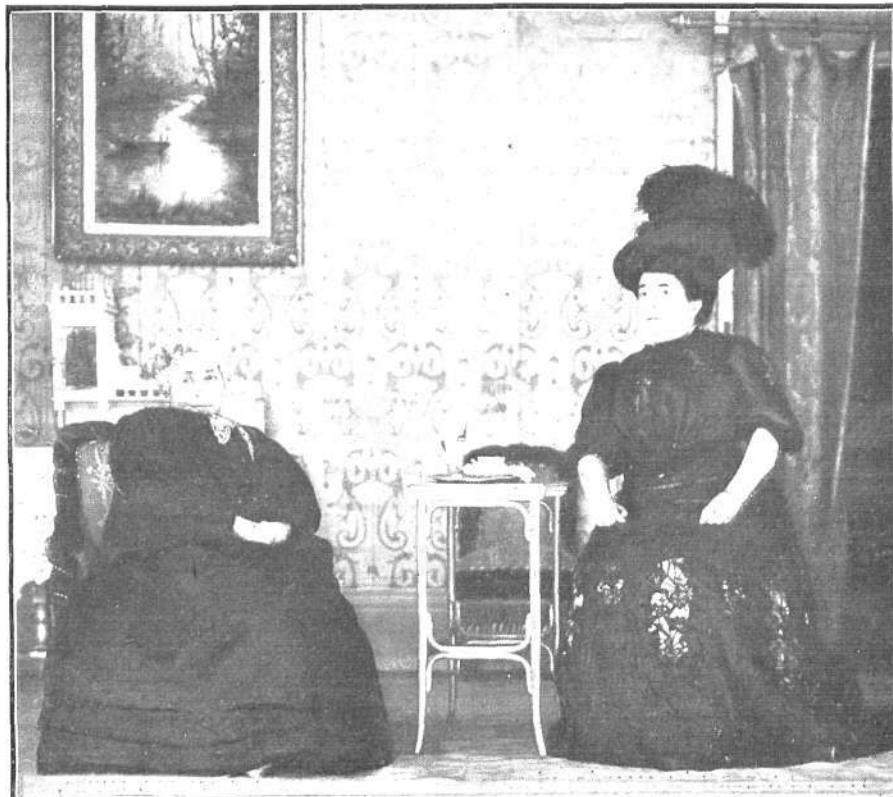


Sra. Aiba

TEATRO DE LA ZARZUELA

Sr. Güell

UNA ESCENA DE «SANTOS E MEIGAS»



Sra. Valverde

TEATRO LARA

Sra. Rodríguez

UNA ESCENA DE «BOTONES DE FUEGO»

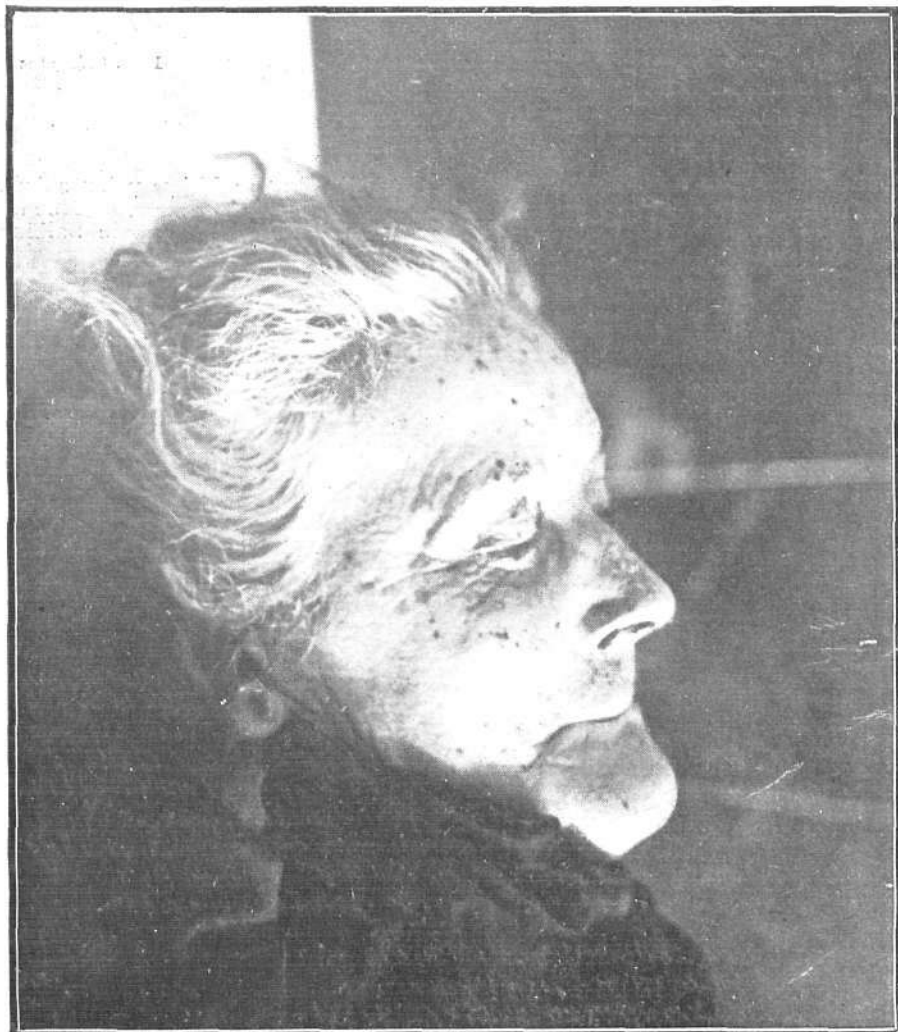


CASA NÚMERO 2 DE LA CALLE DE SAN RAMÓN, DONDE ESTALLÓ LA PRIMERA DE LAS BOMBAS COLOCADAS EL LUNES ÚLTIMO.
EN LA FOTOGRAFÍA SE VE LA FARMACIA DEL SR. TORRES, CUYA HIJA RESULTÓ HERIDA A CONSECUENCIA DE LA EXPLOSIÓN

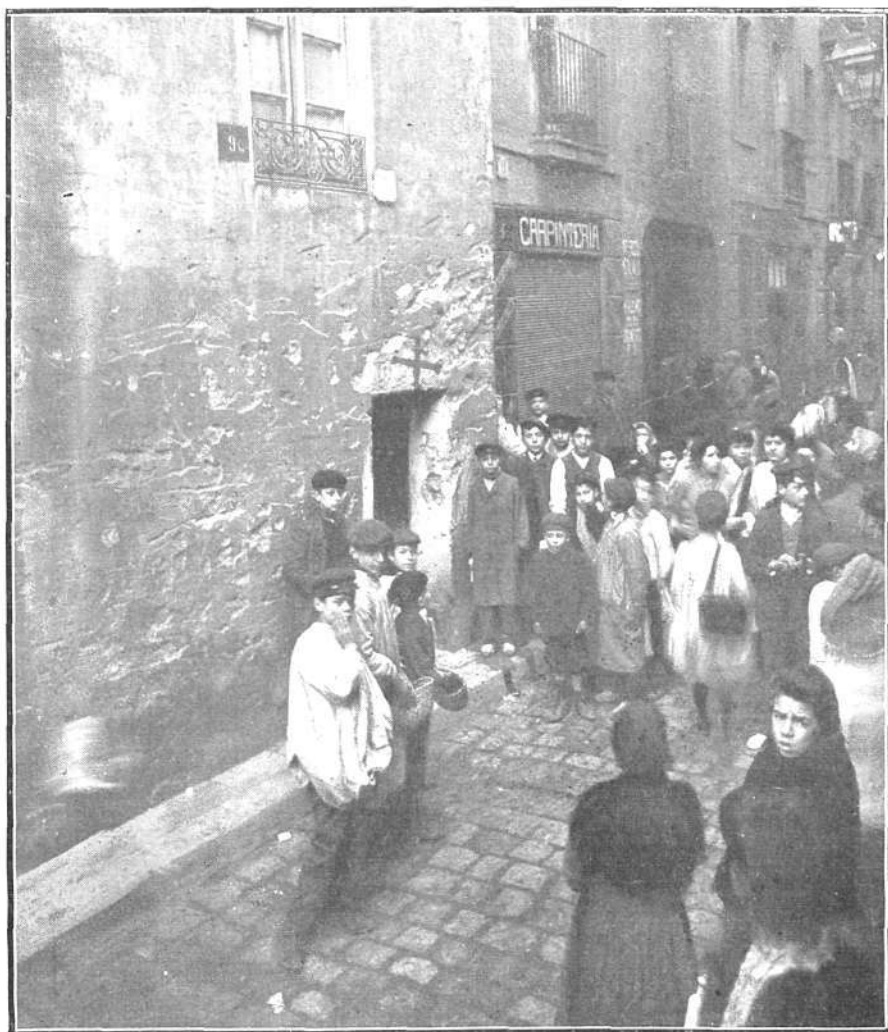
EL TERRORISMO EN BARCELONA

Nuevamente han ensangrentado los terroristas las calles de la culta Barcelona con sus atentados del lunes último. De éstos, unánimemente condenados por todo el mundo, ha publicado la Prensa diaria relatos minuciosos, á los cuales po-

demostramos añadir nosotros, como nota complementaria de interés indudable, la información gráfica que aparece en esta página: los lugares de ambas explosiones y el retrato de la desdichada víctima de los perpetradores del crimen.



FILOMENA BERTRÁN AMORÓS, VÍCTIMA DEL ATENTADO TERRORISTA DEL LUNES, COMETIDO EN LA CALLE DEL PEU DE LA CREU Fots. Balloll



EL PORTAL DE LA CASA NÚMERO 9 (X) DE LA CALLE DEL PEU DE LA CREU, DESPUÉS DE LA EXPLOSIÓN QUE MATÓ Á LA ANCIANA FILOMENA BERTRÁN



—Señora—dijo la adivina con el tono grave y seguro,—por un raro privilegio, reunís todo lo que constituye la dicha en este mundo...

LA MUERTA EN VIDA

NOVELA ESCRITA EN FRANCÉS POR JAVIER DE MONTEPIN

PRIMERA PARTE

EL MARQUES DE SAINT-MAIXENT



Entre el cúmulo de infames callejuelas que hasta hace poco tenía París, y que han ido desapareciendo bajo los golpes incesantes de la piqueta demoledora, había una cuyo recuerdo no puede olvidarse tan fácilmente por haber sido, poco antes de su desaparición, teatro del suicidio de Gerardo de Nerval. Esa calle se llamaba de la Linterna.

La casa cuya ventana sirvió á nuestro tierno y melancólico poeta para ahorcarse de un barrote, existía ya en el siglo xvii; su aspecto era entonces más siniestro, si cabe, que el que tenía en nuestros días, por efecto no sólo de lo sombrío de su fachada, sino por hallarse en una calle estrecha y fétida en que no penetraba jamás el sol.

En 1645, el segundo piso de aquella casa estaba habitado por una mujer llamada Simona Raymond, que debía á sus artes tenebrosas la triste fama que había adquirido. Su profesión ostensible consistía en adivinar el porvenir por medio de las cartas y la palma de la mano y en explicar los sueños. Según ella, leía de corrido en el libro del Destino.

No era esto, sin embargo, lo que más le producía.

Simona se dedicaba también á la medicina secreta. Tenía su título de comadrona; no carecía de conocimientos y de experiencia; poseía una inteligencia superior; pero en vez de emplearla en el alivio de la humanidad doliente, la dirigía por completo por el camino del mal.

Confeccionaba filtros misteriosos, remedios secretos, brebajes raros y terribles que se hacía pagar á peso de oro.

Más de una joven que al entrar en casa de Simona sólo podía acusarse de una falta, salía de allí con espanto y desesperación, agobiada el alma bajo el peso de un crimen.

El día 10 de Abril de 1645, á eso de las ocho de la noche, un joven se

detuvo delante de la casa en que vivía Simona, empujó la puerta entreabierta, subió la escalera, cuyos carcomidos peldaños alumbraba vagamente un ahumado farol, y al llegar al segundo piso, llamó de un modo particular.

Transcurrieron algunos segundos, oyóse en el interior ruido de pasos, se abrió un estrecho y enrejado ventanillo, y una voz preguntó desde dentro:

—¿Eres tú, Lázaro?

—¡Voto al diablo! ¿Quién había de ser?—repuso con impaciencia el malhumorado visitante.—¿No conoces ya mi modo de llamar?

La puerta giró sobre sus goznes, y el recién llegado penetró en una pieza pequeña, completamente desamueblada, pasando en seguida á otra habitación mucho mayor, cuyo aspecto era extraño y casi espantoso. Hallábanse el techo y las paredes pintados de encarnado. Las cortinas que cubrían la única ventana y las dos puertas, eran también del mismo color. El mobiliario consistía en un armario viejo, algunas sillas de roble negro y una mesa cuadrada, cubierta hasta el suelo con un tapete rojo y cargada de barajas, cubiletes y otros objetos de extraña forma y uso sospechoso. Un cuervo, que parecía tener dos ó tres siglos, estaba posado en el borde de una gran pecera llena de agua, y movía melancólicamente su cabeza. A su lado dormía un gato negro y escuálido. Dentro de la pecera se agitaba un pez encarnado. Sobre aquel singular conjunto esparcía su luz sangrienta una lámpara de hierro de dos mecheros, cubierta con una bomba de cristal rojizo.

Simona Raymond completaba admirablemente el conjunto; con dificultad hubiera hallado un gran artista figura más apropiada para un cuadro de género. Sus cejas sombrías y sus rasgados ojos de un negro brillante, algo hundidos bajo un cerco azulado, contrastaban notablemente con la lívida palidez

de sus mejillas, que parecían modeladas en un pedazo de cera virgen, y con la roja y espesa cabellera que coronaba su frente.

Vestía un traje encarnado de larga cola, ceñido con un cordón negro. Sobre sus espaldas caía un capuchón con tres aberturas que la servía para ocultar el rostro. En resumen, aquella mujer era hermosa; pero su siniestra y singular hermosura debía producir en casi todos los que la vieran una repulsión instintiva.

El hombre á quien hemos visto introducirse en casa de la adivina parecía tener cuatro ó cinco años menos que ella. Sus facciones eran regulares y no mal parecidas; pero le perjudicaban no poco los rubicundos colores de su nariz y sus carrillos y cierta expresión de bajeza y de cinismo que inspiraba una gran desconfianza. Esa expresión notábase, sobre todo, en sus ojos, que siempre miraban de soslayo, y en sus labios finos, dispuestos á toda hora á decir una insolencia ó una mentira. El quidam en cuestión llevaba un traje de lacayo de casa rica; librea que, á pesar de su poco uso, estaba ajada, rota, llena de manchas, hecha un guñapo. Veíanse sobre los aristocráticos bordados grandes manchas de vino, y las mangas, á fuerza de restregar las mesas de las tabernas, estaban relucientes. El sombrero había perdido su forma, y sobre la entreabierto camisa y el jubón con botones dorados caía con descuido una corbata que había sido blanca, pero cuyo color no era fácil conocer ya.

Simona Raymond, después de cerrar la puerta, se cruzó de brazos, echó hacia atrás la cabeza, y frunciendo sus espesas cejas, preguntó con acento breve é imperioso:

—¿Qué me quieres, Lázaro? ¿Por qué has venido? ¿Por qué, si durante ocho días has olvidado el camino de mi casa, apareces de nuevo, cuando creía no volverte á ver más?

Al decir esto, la adivina dirigió una mirada investigadora al destrozado traje del recién venido. En seguida, encogiéndose de hombros, añadió con viveza:

—¡Y en qué estado, santo cielo! Cualquiera diría que sales de la Corte de los Milagros. Mírate el jubón y las calzas, que se ríen de puro agujereadas; el más concienzudo trapero no daría por tu ropa ni un miserable escudo. ¿Qué has hecho durante este tiempo? ¿Por qué no te has quedado en donde tan á gusto te encontrabas?

Lázaro (pues que éste era su nombre) se dejó caer sobre una silla con la mayor desenvoltura y riéndose á carcajadas.

—¡Oh, vida mía, déjame resollar siquiera!—dijo al cabo de un momento.—¡Voto al diablo! ¡qué flujo de preguntas! No parece sino que se halla uno sometido á interrogatorio delante de nuestros muy reverendos jueces del Chatelet... Ten un poco de paciencia, ídolo mío... Hagamos las cosas en regla, y, á fuer de personas formales, empecemos por el principio.

—¿Responderás?—dijo Simona golpeando el suelo con el pie.

—¡Pues no he de responder, voto al diablo! Bien sabes que soy la mansedumbre personificada y que tus deseos son leyes para mí. Pero es el caso que tengo el gáznate más seco que las arenas del desierto, y me será imposible decir dos palabras seguidas si no lo humedezco con un trago de aquel delicioso vinillo de España que en más de una ocasión ha hecho mis delicias. ¿Te apiadarás de mí, Simona? ¿Serás tan amable que saques una botella?

Por lo visto, la adivina no acostumbraba oponer gran resistencia á los caprichos de Lázaro. Disipóse toda su cólera como por encanto, y, creyendo tal vez justa la pretensión, sacó del armario una panzuda botella de vino de Jerez color de ámbar, llenó hasta arriba un vaso de regulares dimensiones y se lo presentó al joven, que lo apuró hasta la última gota con manifiesto deleite.

—Ahora, querida mía—prosiguió Lázaro haciendo castañetear la lengua, ahora que, gracias á ese rayo de sol con que me has obsequiado, ha entrado mi cuerpo en caja y se me ha desatado la lengua, pregúntame cuanto gustes, segura de que satisfaré tu justa curiosidad.

—Pues dime ante todo de dónde vienes.

—De cierto garito muy conocido y frecuentado por mi humilde persona, donde estaba viéndolas venir en compañía de otros sujetos de posición. Las cartas han sido el único motivo que me ha impedido estar á tu lado.

—¿De modo que hace ocho días que estás jugando?

—Sin interrupción. Apenas me habré detenido algunos segundos para echar un trago que restaurase mis agotadas fuerzas.

—¿Has ganado, al menos?

—¡Ridícula pregunta, hermosa mía! ¿Olvidas el refrán: *Desgraciado en el juego, afortunado en amores*? Teniendo yo la incomparable dicha de ser amado por tí, he debido perder. Esto no tiene vuelta de hoja, y, por consiguiente, mis bolsillos están vacíos, sin una sola moneda.

—Es decir—repuso Simona con una mueca muy pronunciada,—que el hambre es la que te trae, ¿no es esto?

—No, ¡voto al diablo! Lo que me trae es el amor. La sota de copas y la sota de bastos podrán repartirse mi tiempo; pero el corazón es y será siempre tuyo... Aun con las cartas en la mano no he dejado de pensar en tí; preocupábanme tus intereses, y la prueba de lo que digo es que te he proporcionado un buen negocio.

—¿Un buen negocio, tú?—exclamó Simona con irónica sonrisa.—¿Sería una novedad!

—Nada hay nuevo bajo el sol. Escucha y juzga...

—¿De qué se trata?

—Por esos mundos de Dios anda una gran señora, inmensamente rica y algo parienta, por parte de su marido, de mi amo el marqués de Saint-Maixent.

—¿Cómo se llama esa gran señora?

—La condesa María de Rahon.

—¿La esposa del conde Luis de Rahon, lugarteniente general de los ejércitos del rey, y propietario de inmensas fincas en la Auvernia?

—La misma.

—Continúa.

—Pues bien, esta noche, ó mañana á mas tardar, vendrá á verte la condesa de Rahon, disfrazada probablemente, pero no tanto que no sea para tí muy fácil conocerla, después de lo que te acabo de decir.

La condesa de Rahon en mi casa!—exclamó Simona haciendo un gesto de profunda sorpresa.

—Ciertamente.

—¿Qué es lo que quiere?

—Que la digas la buenaventura.

Simona hizo un movimiento brusco.

—¿Te asombras?—preguntó Lázaro.

—Sí, lo confieso.

—¿Y por qué?

—Porque me parece inverosímil, por no decir en absoluto increíble, que tan gran señora tenga la ocurrencia de venir á consultarme. Por otra parte, ¿cómo ha sabido mi nombre y quién la ha informado del sitio en que yo vivo?

—En eso consiste precisamente mi intervención—repuso Lázaro.—Mi amo, el marqués de Saint-Maixent, va con frecuencia á casa de los condes de Rahon cuando está en París, y alguna vez que otra me lleva consigo. De ahí proviene el que yo conozca á Anastasia Gaudin, doncella de la condesa.

—¿Alguna muchacha bonita, de seguro!—dijo Simona interrumpiéndole con voz agria, mientras que un relámpago de celos brillaba en sus negros ojos.

—¡Siempre injusta conmigo!—repitió Lázaro encogiéndose de hombros con cierta sonrisita burlona;—¡ya me tienes aburrido, palabra de honor! ¿Cuándo acabarás de convencerte de que no hay quien me gane á fidelidad y constancia? Por lo demás, Anastasia va para los cincuenta y está picada de viruelas. Pues, como iba diciendo, la encontré ayer, y pareciéndome algo turbada, la pregunté qué la pasaba. Respondióme que iba en busca de un médico, pues su señora se encontraba algo indispuesta de resultados de un sueño muy particular que había tenido varias noches seguidas, y que la preocupaba y atormentaba en gran manera. Añadió que la señora condesa daría cualquier cosa por la explicación de su sueño, pero que no conocía á nadie capaz de descubrirle su verdadero sentido.—¡Ah! ¡Voto al diablo!—exclamé al punto;—no podíais tropezar más á propósito conmigo; yo os sacaré de ese grave apuro. Precisamente conozco á una adivina que interpreta los sueños, por muy complicados que sean, sin equivocarse nunca: es un don maravilloso y natural que posee, perfeccionado por medio del estudio. Los que la consultan (que son muchísimos) salen muy satisfechos, haciendo grandes elogios. Se llama Simona Raymond, y vive en la calle de la Linterna.—Anastasia Gaudin me colmó de gracias por mi oportuna indicación, escribió en un papel las señas de tu casa y me aseguró que haría de modo que la condesa viniese á verte hoy ó mañana sin falta. Prepárate, pues, á recibir esa importante visita, y cuida de decirle cosas que sean de su gusto y la halaguen; no olvides que esos señorones ricos, acostumbrados á mandar y á que todo les salga á medida de sus deseos, se muestran tanto más generosos cuanto más se les adula.

—Lo sé muy bien—repuso Simona con despego,—y, sin embargo, cuando venga la condesa de Rahon le diré la verdad... nada más que la verdad.

—¡La verdad!—repitió Lázaro haciendo un gesto de asombro.—¡Vaya una salida! Pues qué, ¿crees en los sueños? ¿Has tomado tu ciencia en serio? Los naipes, el poso de café, el espejo mágico y demás baratijas de que te sirves, ¿son acaso para tí más que las ruedas indispensables de una máquina ingeniosa para engañar á los tontos y extraer suavemente de sus bolsillos las especies monetarias?

—No lo sé—murmuró Simona.

—¿Será posible, querida mía, que seas tú la víctima de tus propios engaños?

—No lo sé—repitió la adivina.

—Explicate, pues no acierto á comprenderte.

—Es muy sencillo: el arte de interpretar los sueños, lo mismo que el de adivinar el porvenir por las líneas de la mano, por el curso de los astros ó por medio de las cartas, está sometido á reglas fijas. Siempre que se presenta la ocasión, es decir, siempre que me consultan, tengo buen cuidado de aplicar escrupulosamente esas reglas. Explico los sueños *secundum artem*. No invento nada; me limito á interpretar lo que, á mi juicio, indican las líneas de la mano, las cartas ó los astros. ¿Hay en esto verdad ó engaño? Lo ignoro completamente; pero me ha sucedido con tanta frecuencia ver realizadas punto por punto mis predicciones, que á veces llego á creer y casi á formarme una convicción. Por eso he respondido que no sabía.

—Siendo así—exclamó el joven, riendo maliciosamente,—toma mi mano; la someto á tus infalibles investigaciones, para que me digas si me sonreirá la fortuna y si seré rico algún día.

Simona fijó una atenta mirada en la ancha mano del joven; sus cejas se contrajeron ligeramente.

—¡Diantre!—murmuró Lázaro, echando de ver aquel gesto,—¿no es muy agradable mi porvenir?

La adivina movió la cabeza.

—¿Qué ves?—preguntó Lázaro.

—¿Quieres saberlo?

—¡Ya lo creo!

—Pues bien, veo una línea de vida agitada y azarosa que termina en el patíbulo.

—No es muy lisonjero el desenlace, que digamos—murmuró el joven haciendo una mueca.—¡Bonita perspectiva me ofreces! A Dios gracias, me queda siempre un recurso.

—¿Cuál?

—El de no creer en esas paparruchas. Hablemos de otra cosa.

—Como gustes. Hablemos, si te parece, de tu amo el marqués de Saint-Maixent. ¿Tienes noticias suyas?

—¡Ay!—dijo Lázaro, con un profundo suspiro.—¡Ojalá no las tuviera!

—¿Tan malas son?

—Pésimas. No sé cómo va á salir mi amo del berenjenal en que se ha metido. Ya sabes que abandonó á París hará cosa de seis semanas, huyendo

de sus acreedores; su plan era pasar á la Auvernia y procurarse á préstamo dos ó tres talegas de doblones, con los cuales esperaba apaciguar, aunque fuese momentáneamente, la manada de hambrientos lobos que le persigue.

—¡Mal hecho!—dijo Simona;—¿no sabe tu señor que los acreedores se vuelven más intransigentes y encarnizados cuando llegan á cobrar algo á cuenta?

—Sí que lo sabe; pero lo que quiere es ganar tiempo.

—¿Para qué?

—¡Toma! para hacerse con una fortuna mayor aún que la que ha derrochado.

—¿Espera alguna herencia en breve?

—Nada de eso. Pero ya comprenderás que un hombre que se llama el marqués de Saint-Maixent, que cuenta en su parentela á las más nobles familias de Francia, y que tiene por añadidura una cara que envidiaría una mujer, encuentra siempre á mano alguna rica heredera que le aporte en matrimonio lo bastante para reparar las averías de su fortuna.

—Convenido; pero, entonces, ¿á qué viene la inquietud que ha poco manifestabas?

—De ciertas noticias que hoy he tenido y que me han afectado mucho. Poco importan los acreedores cuando se tiene astucia para burlarse de ellos; pero la cuestión varía desde el momento en que el señor de Reynie, lugarteniente general de la Policía del reino, interviene en los negocios de mi amo. Sé de buena tinta que han expedido un auto de prisión contra el señor marqués, y que, suponiéndole oculto en París, se han puesto en campaña los mejores sabuesos para descubrirle.

—¿De qué le acusan?

—De varias bagatelas; entre otras, de haber pegado una puñalada, al salir de un garito, á un truhán que le había ganado una gruesa suma en el juego, y de haberle substraído bonitamente una bolsa de regulares dimensiones.

—¿Y eso es verdad?

—Aquí, para nosotros, sí... Es muy verdad—repuso Lázaro;—pero no debían perseguir á mi amo; tuvo sus razones para hacerlo.

—¿Cuáles?

—La primera y principal es que tenía vehementes sospechas de que dicho individuo jugaba con trampa, y de que, por consiguiente, le había robado. Mi amo reclamó su dinero, el otro rehusó obstinadamente devolvérselo, y, como el señor marqués no podía batirse con un pelgar semejante, se valió de su daga para recuperar lo que era suyo.

Desgraciadamente, el quidam á quien dejamos por muerto, recobró el sentido, resultando pertenecer á cierta familia de alcabaleros que es muy protegida y goza de gran favor. Hanse unido á ésta otras reclamaciones de menor cuantía. Ahí tienes por qué bagatelas persiguen con tanto furor á mi amo. En resumen, como lleguen á saber que el pobre señor está en la Auvernia, son capaces de seguirle hasta allí y dar al traste con todas sus esperanzas.

—Es preciso entonces que le escribas sin pérdida de tiempo para que esté sobre aviso.

—Ya lo he hecho, recomendándole que busque algún escondrijo en que pueda estar oculto, y que acuda cuanto antes á sus amigos para contrarrestar la influencia de los que quieren perderle. Figúrate que, si lo atrapan, es asunto de seis ó siete años de prisión, y ¿qué sería de mí en ese intervalo?

—¿Tan adicto eres á tu amo?—preguntó Simona sonriendo.

—Adicto no es la palabra, pero le tengo alguna afición.

—¿Y por qué?

—Porque me da, ó, mejor dicho, promete, darme un gran salario.

—Otros pudieran encontrar que te pagaran tanto y al contado.

—Tienes razón; pero tal vez no me gustaría servirles. Yo quiero un amo que no me dé nada que hacer, y eso me sucede precisamente con el que ahora tengo. Mis ocupaciones se reducen á inventar embustes contra los pícaros acreedores y sacudirles el polvo cuando se permiten por la mañana turbar el sueño del señor marqués; llevar sus billetes amorosos á las damas á quienes corteja, y aguardarle por la noche en las antecámaras de las casas donde va de visita, jugando con mis compañeros. Para mí, esa es la buena vida. Además, el señor marqués me comprende y me estima; sabe que tengo talento. Somos un par de tunos que nos entendemos perfectamente; de seguro perdería si cambiase de amo. En fin, no quiero que le metan en la Bastilla.

—Pero ¿y si el mal giro que toman sus negocios le impidiera volver á París?

—Sería capaz de ir á reunirme con él.

—¿Sabes lo que estás diciendo? ¿Piensas abandonarme?—preguntó Simona con tono desabrido.

Lázaro se quedó cortado, rascándose la cabeza sin saber qué decir. Un campanillazo que anunciaba una visita, vino á sacarle del compromiso.

—Debe ser la condesa de Rahon—dijo;—no la hagas esperar.

—Voy á ver—replicó Simona saliendo del cuarto rojo.

III

La adivina abrió el ventanillo que ya conocemos y preguntó:

—¿A quién buscáis?

—A Simona Raymond—repuso una voz de mujer, dulce y musical, aunque algo trémula.

—¿Qué la queréis?

—Consultarla.

—¿Sobre qué?

—Sobre un sueño.

—Está bien, voy á abrir. Yo soy Simona Raymond—dijo la adivina cerrando el ventanillo.—Tenías razón—añadió volviéndose hacia Lázaro,—debe ser la condesa. Ocúltate detrás de la puerta para que no te vea; sal en seguida y no vuelvas hasta que pase un buen rato.

—Convenido—dijo el joven vivamente.—Pero no olvides, hermosa mía,

que este negocio se lo debes á tu fiel amigo, y que en buena ley le debes una parte de la lluvia de oro que va á caer sobre ti.

—Descuida—replicó Simona cubriéndose la cara con su capuz, como acostumbraba hacerlo siempre que recibía á algún desconocido.

Abrió en seguida la puerta, detrás de la cual se quedó Lázaro escondido, é introdujo á su visita en la sala encarnada, cuyo extraño aspecto pareció impresionar mucho á la dama, pues se detuvo como si vacilase.

—Si tenéis miedo—dijo Simona bruscamente,—volvedos atrás, todavía estáis á tiempo. No os detengo.

Picado su amor propio por estas palabras, la desconocida se adelantó algunos pasos, y con voz firme y segura respondió:

—No tengo miedo... ni lo he tenido nunca.

Era una mujer de mediana estatura; vestía un modesto traje negro, y ocultaba su rostro bajo un tupido velo de encaje, bajo el cual se vislumbraban las rubias trenzas de sus cabellos. Sus ojos, aunque velados, brillaban al igual de los magníficos diamantes de sus zarcillos, que desdecían no poco de su humilde traje. Su talle, fino y flexible, esbelto y torneado á la par, denotaba juventud. Uníase en su actitud y sus modales la gracia más perfecta á la más exquisita distinción, trasluciéndose en ella, á pesar de su disfraz, la dama aristocrática. Simona Raymond, mujer de experiencia, notó en seguida todos estos detalles, y, aunque no la hubiese prevenido Lázaro, hubiera adivinado sin vacilar que la desconocida era de la más elevada alcurnia.

—Sentaos, señora—dijo poniendo una silla junto á la mesa en que estaba el cuervo desplumado, el gato escuálido y los instrumentos cabalísticos.—Tomad tiempo para reponeros si experimentáis alguna emoción.

La desconocida quiso responder haciendo un gesto negativo; pero Simona no le dió tiempo, y prosiguió:

—¡Oh! ¿á qué viene ese falso orgullo, señora? Estáis conmovida, no podéis negarlo, ni hay motivo para avergonzarse por eso. Hombres he visto que se hubieran lanzado al combate con la sonrisa en los labios, y que, al entrar aquí, temblaban como tímidos niños. La naturaleza humana es así: lo desconocido nos sorprende, nos sobrecoge y llena de pavor; al interrogar el oráculo misterioso que puede revelarnos el porvenir, la voz tiembla y el rostro palidece.

La recién llegada, á quien de aquí en adelante llamaremos la condesa de Rahon, dijo con leve sonrisa:

—Tenéis razón. ¿De qué me sirve aparentar un valor que me falta? Sí, lo confieso; he experimentado esa emoción de que habláis, debido sin duda á la sorpresa de encontrarme en este singular aposento; pero ya pasó; se ha disipado mi ridícula turbación, y sólo deseo llenar el objeto que aquí me trae.

Simona fué á sentarse enfrente de la condesa é hizo un gesto que significaba: «Hablad, os escucho...»

—Ya os he dicho que vengo á pedirlos la explicación de un sueño que ha llenado mi alma de inquietud. ¿Podréis sacarme de mis dudas?

—¿Creéis—preguntó Simona en vez de responder—que los sueños son misteriosas advertencias que Dios nos envía y que encierran para el que sabe interpretarlas la revelación del porvenir?

—Lo creo posible al menos—murmuró la condesa.

—Pues bien—repuso Simona,—no hay duda que os lo explicaré; pero, para mayor seguridad, necesito conocer en su conjunto, ya que no en sus detalles, vuestra vida pasada.

—Preguntad lo que gustéis—dijo la condesa;—estoy pronta á contestaros.

—Es inútil—murmuró Simona moviendo la cabeza.—Me basta con examinar vuestra mano.

Obedeciendo la joven á la insinuación de la adivina, se quitó un guante, y con un ademán gracioso y resuelto presentó la mano. Simona la estudió atentamente por espacio de algunos segundos.

—Señora—dijo la adivina con el tono grave y seguro,—por un raro privilegio reunís todo lo que constituye la dicha en este mundo: juventud, belleza, elevada posición, inmensa fortuna, marido á quien amáis y que os corresponde. Y, sin embargo, os falta una cosa para que esa felicidad sea completa...

Simona se interrumpió.

—Sí, sí, es cierto—exclamó la joven;—y si me decís qué es lo que me falta, no me cabrá duda alguna de que leéis en lo más recóndito del corazón y penetráis los más ocultos pensamientos.

—Hace años que estáis casada—prosiguió Simona con acento solemne,—y hasta aquí vuestra unión ha sido estéril. Esa es la pena que corroe vuestra dicha, que os oprime y entristece; el deseo de ser madre os agita y atormenta, y daríais la mitad de vuestra vida por conseguir la pronta realización de ese deseo.

La joven no pudo disimular un movimiento de asombro. Simona acababa de poner el dedo en la llaga, secreta y dolorosa, que ella creía desconocida de todo el mundo.

—¿Me he equivocado, señora?—preguntó la adivina.

—¡Oh, no! no os habéis equivocado—exclamó la condesa;—veo vuestra penetración y daré crédito á cuanto me digáis.

—Haréis bien, señora, porque sólo la verdad saldrá de mis labios. Ahora que ya sé lo que necesitaba saber, podéis explicarme vuestro sueño.

—Como acabáis de decir—prosiguió la condesa,—me devora el punzante deseo, la esperanza, siempre fallida, de la maternidad. En medio de los goces de una existencia envidiada, esa ambición, la única que no me es dable satisfacer, me arranca lágrimas de despecho y de amargura, y me sigue á todas partes, agriando mis placeres y nublando mi alegría. Pero ¡cosa singular! hasta hace poco he disfrutado al menos del reposo de la noche, y el sueño lógraba dar momentánea tregua á mis pesares. No sucede lo mismo ahora... Hace diez días justos que, habiéndome acostado á la hora de costumbre y rezado mis oraciones en que pedía á Dios, como siempre, que me otorgase el objeto de mis ansias, apenas cerré los ojos me sentí transportada á un país maravilloso, muy superior á lo más bello que pudiera inventar la fantasía. Un sol radiante, cual nunca vieron miradas humanas, resplandecía en un cielo transparente; ornaban el campo flores que parecían piedras preciosas por su mágico brillo y sus limpios matices; mecíalas con blando arru-

llo una brisa suave y embalsamada. Absorta y llena de entusiasmo contemplaba yo aquel paisaje, escuchando los vagos susurros de la brisa y aspirando el aroma de las flores, cuando de pronto me sentí enajenada de un júbilo infinito, semejante al que deben experimentar los justos en el cielo. Acá-baba de realizarse mi suprema ambición: tenía entre mis brazos y estrechaba contra mi pecho una linda criaturita, un niño rubio y sonrosado, y ese niño era mi hijo; ¿lo oís, señora? ¡mi hijo!

La condesa se detuvo, dominada por febril emoción, y sacando del bolsillo un frasquito de cristal de roca con incrustaciones de oro, aspiró dos ó tres veces su contenido.

—¿Qué tenéis, señora?—le preguntó la adivina.—No acierto á explicar-me vuestra turbación, pues de lo que hasta aquí habéis dicho sólo pueden deducirse los más favorables pronósticos.

—Aún no lo sabéis todo—murmuró la condesa.—Después comprenderéis mi inquietud y mis temores...

Llevóse por última vez el frasquito de esencias á la nariz, y prosiguió:

—De repente, mientras me entregaba á los transportes de la alegría, se operó un cambio brusco en torno mío. El sol perdió su brillo. Volvióse ceniciento y sombrío aquel cielo tan puro poco antes, como si un inmenso crepón se hubiera elevado á la vez de todos los ángulos del horizonte; perdieron su aroma las flores mustias y marchitas. Pero ¿qué me importa á mí el mundo entero? Tenía á mi hijo entre mis brazos y sentía palpar su corazón contra mi pecho... En medio de tanta felicidad, un grito de agonía se escapó de mis labios, pues en vez de estrechar contra mi pecho al hijo de mis entrañas, lo vi convertido en estatua: sobre su frente brillaban unas letras de fuego que decían: ¡ILUSIÓN! ¡MENTIRA! En aquel momento un rayo rasgó las nubes que cubrían el cielo, surcó rápidamente las tinieblas y fué á herir la estatua, que cayó del pedestal hecha pedazos...

IV

La condesa se interrumpió de nuevo. Su emoción era tan grande, que los movimientos convulsivos de su pecho se notaban perfectamente, á pesar del vestido y del manto que la cubrían. Inclino la cabeza y apoyó las dos manos sobre su corazón, bajo la influencia de una gran excitación nerviosa.

Simona respetó su silencio, que sólo duró breves instantes.

Por fin, levantó la joven la cabeza y prosiguió con voz trémula:

—Me desperté bruscamente. Abrí los ojos. Me parecía que el rayo me había alcanzado á mí también. Experimentaba un dolor profundo. Surcaban mis mejillas abundantes lágrimas. Por fin, volví al sentimiento de la realidad. Comprendí que sólo había sido un sueño; pero pasó la noche y todo el día siguiente sin que pudiera alejar de mí la tristeza que me embargaba.

—¿Se ha repetido ese sueño?—preguntó Simona.

—Sí...

—¿Varias veces?

—Tres veces.

—¿Durante tres noches consecutivas?

—No; ha mediado una noche de insomnio entre cada visión y la siguiente.

—¿Y se han reproducido esas visiones, como vos las llamáis, con iguales circunstancias?

—Tan idénticas, que las tres se confunden en mi memoria y no forman más que una sola. Ahora que ya lo sabéis todo, explicadme, si podéis, la significación oculta que encierra mi sueño. ¿Qué debo temer? ¿Qué puedo esperar?

Simona reflexionó durante algunos segundos, que le parecieron siglos á la condesa de Rahon; por último dijo:

—Entre todos los sueños que me han venido á consultar, y bien sabe Dios que son numerosos, ninguno he encontrado tan singular, tan oscuro; lo diré de una vez, tan inexplicable como el vuestro. Las reglas de mi arte, reglas positivas é invariables, son impotentes para darle una explicación satisfactoria...

La joven hizo un gesto de sorpresa.

—Veo que la franqueza de mis palabras os admira—prosiguió Simona;—dudáis de mí porque, en vez de recurrir á los artificios de un charlatanismo vulgar, os hablo sinceramente y sin rodeos. No creáis que vuestras dudas afectan á mi amor propio; escuchadme, sin embargo, y os haré ver las contradicciones que hacen incomprensible vuestro sueño.

La condesa tomó una actitud de profunda atención, y la adivina continuó:

—Decís que habéis tenido el niño en vuestros brazos, que le habéis besado, que habéis sentido latir su corazón; por consiguiente, el sueño no anuncia una falsa esperanza de embarazo ó el nacimiento de una criatura muerta. Si dais á luz un hijo, vendrá al mundo vivo y sano.

—¡Ah!—exclamó la condesa alborozada.—¡Si así fuese...!

—No os regocijéis tan pronto—prosiguió Simona meneando la cabeza;—aquí aparecen ya las contradicciones monstruosas de que os he hablado. El niño que se os escapa de los brazos y cae herido del rayo, parece anunciar la muerte que ha de sobrevenir á vuestro hijo; pero esas palabras ¡ILUSIÓN! ¡MENTIRA!, escritas en letras de fuego sobre su cabeza, dicen claramente que ese niño no es más que un vano fantasma, una quimera; y yo os pregunto: lo que no ha nacido, ¿cómo puede morir?

—Tenéis razón, lo conozco—murmuró la condesa;—y, sin embargo, ese sueño debe tener algún significado. Mayores dificultades ofrecían las visiones bíblicas del tiempo de los profetas, y, á pesar de todo, había quien las explicase.

—Buscad, pues, un profeta que pueda complaceros—replicó Simona encogiéndose de hombros desdenosamente;—yo, por mi parte, no soy más que una pobre mujer, y no sé explicar lo que no comprendo.

Dicho esto, la adivina se incorporó á medias, como para indicar á su visita que la consulta había terminado y que ya era tiempo de retirarse. Pero súbitamente cambió de parecer.

—Dadme otra vez la mano—dijo;—voy á examinarla con más atención que al principio, y puede que sus líneas me den alguna luz sobre la extraña

visión que por la primera vez en mi vida me obliga á declararme vencida.

La condesa acogió con entusiasmo aquella nueva esperanza y alargó la mano á la adivina, que se puso á estudiar cuidadosamente los delicados surcos de color de rosa que cruzaban la tersa epidermis. Simona se estremeció de pronto y dejó oír una sorda exclamación, que sobrecogió á la condesa.

—¿Qué es eso?—le preguntó;—¿qué veis en las líneas de mi mano, que así os conmueve?

—¡Veo que habéis nacido con estrella singular!—repuso Simona bruscamente.

—¿Por qué?—balbució la condesa.

—Porque si la quiromancia no es una ciencia vana y engañosa, si yo sé leer en el libro infalible del porvenir, vuestro destino será aún más extraño, más inexplicable, más inverosímil que ese sueño misterioso que parece delirio de un alma enferma.

—¿Qué importa mi porvenir?—exclamó la condesa de Rahon.—Una sola cosa deseo saber.

—¿Cuál?—preguntó Simona con viveza.

—Si seré madre.

—Lo ignoro—repuso la adivina;—pero lo que sí sé, lo que leo en vuestra mano, escrito en inequívocos caracteres, es una cosa que el mismo Dios no puede permitir, á no ser por un milagro.

—¿El qué?—preguntó la joven temblando de miedo.—¿Qué me va á suceder?

—Que vais á estar muerta y viva al mismo tiempo.

—¡Muerta y viva...!—respondió la condesa estupefacta.—Pero ¡eso es imposible!—añadió al cabo de un momento de reflexión.

—Demasiado sé que es imposible—repuso Simona,—y sin embargo, está escrito... y sucederá.

La adivina puso el dedo sobre la palma de la blanca mano que aún conservaba entre las suyas, mientras que la joven la miraba aterrorizada.

—Mirad—prosiguió,—¿veis esa línea que empieza cerca de la muñeca y cruza toda la palma de la mano?

—Sí—repuso la condesa.

—Esa es la línea de la vida. ¿Veis esta otra angulosa y profunda que se une con la primera, ó más bien la hace desaparecer? Pues indica una muerte violenta. Un crimen os arrancará del mundo de los vivos. Tendréis un fin trágico.

—¡Ah! ¡eso es horrible!—balbució la condesa, cuya palidez se distinguía á pesar de su velo.—¿Quién cometerá un crimen tan monstruoso? ¿Quién querrá asesinarme á mí, que nunca he hecho daño á nadie?

—¡Bah! ¿qué importa la muerte, cuando le sigue la resurrección?—exclamó la adivina con vehemencia.—Yo os anuncio que resucitaréis, sin que esto sea referirme á la otra vida, á la vida del alma; no, hablo de la vida material; digo que viviréis en este mundo después de haber muerto. Mirad, si no: ¿veis cómo la línea de la vida, momentáneamente borrada, reaparece más lejos? Esto es positivo, indudable, seguro.

Mientras que Simona hablaba, la condesa se fué reponiendo del terrible espanto que había experimentado. Reflexionó sobre lo que acababa de oír y acabó por decirse: «Esta mujer está loca; no debo hacer ningún caso de sus extravagancias. ¿Qué hago aquí ya?»

Se levantando, sacó un bolsillo que contenía una buena cantidad en monedas de oro, y, colocándolo sobre la mesa, dijo á Simona:

—Ahí tenéis el pago de vuestra molestia. Creo que os parecerá suficiente. Ahora, hacedme el favor de indicarme la salida.

La adivina obedeció sin desplegar los labios. Abrió la puerta del cuarto encarnado y la de la escalera, haciéndose á un lado para dejar paso á la joven, que no tardó en desaparecer.

—Esa gran señora se marcha de aquí muy persuadida de que yo estoy demente ó ciega, ó por lo menos, de que la quiromancia es una absurda superchería inventada para explotar á los necios, como decía Lázaro hace poco. ¿Qué hay de verdad en todo esto? Lo ignoro; pero lo averiguaré. Ninguna ocasión mejor que ésta para comprobar la exactitud de los extraños agüeros de que soy intérprete. No os perderé de vista, condesa de Rahon. No olvidaré vuestro sueño, ni las líneas de vuestra mano; presenciaré el cumplimiento del extraño porvenir que os está reservado.

Diciendo estas palabras, Simona cerró la puerta; se disponía á volver á la sala encarnada, cuando le pareció oír en la escalera un ruido de pasos precipitados y una respiración jadeante. Quedóse escuchando para saber si se equivocaba; el ruido se aproximó, y un segundo después resonó en la puerta un violento golpe que hizo estremecer á la adivina.

V

Aquel golpe era tan fuerte é imperioso, que Simona empezó á sentir una vaga inquietud. Entreabrió cautelosamente el ventanillo, y preguntó:

—¿Quién es? ¿Quién llama?

—¡Abre pronto!—repuso una voz ahogada.—Soy yo, Lázaro... ¡Date prisa, Simona, date prisa, que nos va en ello la vida!

La puerta giró sobre sus goznes, y Lázaro entró precipitadamente. Aunque no estaba muy bien alumbrada la antesala, notó Simona en seguida que el joven estaba pálido como un muerto.

—¿Qué sucede?—le preguntó llena de ansiedad;—¿qué mala noticia traes?

—Es preciso huir sin perder ni un minuto.

—¿Huir?—repitió la adivina.

—Inmediatamente.

—Pero ¿adónde?

—A cualquier parte, con tal que sea lejos de aquí. ¡Vamos! ¡vamos! ¡despáchatel!

—Explicame, al menos, la causa de esta fuga.

—¡Mil rayos! ¿No comprendes que me siguen la pista los polizontes?

—¡Vienen á prenderte!—exclamó Simona.

—A prendernos debías decir, hermosa mía; pues el señor comisario y sus dignos satélites cuentan con matar dos pájaros de una pedrada.

Continuad